

NUEVOS ITINERARIOS CORPORALES DE SEDUCCIÓN. LA ESTÉTICA DEL CONTORNO GENITAL

NEW BODY ROUTES OF SEDUCTION.

THE AESTHETICS OF GENITAL OUTLINE

Isabel Ortega Sánchez
Universidad de Zaragoza

RESUMEN

Las sociedades humanas esculpen sus cuerpos mediante escarificaciones, deformaciones, estiramientos óseos, tatuajes, cortes, pintura, maquillaje, piercing o implantes para hacerlos coincidir con la representación de su identidad étnica, social o sexual. Dentro de esta construcción corporal del género y la sexualidad, la zona genital focaliza gran parte de los discursos normalizadores. Los esculpido genitales nos revelan el «género encarnado» y visibilizan la función moldeadora que ejercen las culturas a través de sus discursos etnomédicos sobre las mujeres, que reducen la diversidad a un único modelo de corporalidad dotado de reconocimiento social. La implantación y auge de estas nuevas técnicas quirúrgicas genitales está relacionada con el modo en que se codifica la seducción en nuestra cultura. En este artículo analizaremos los significados de estas prácticas corporales y su inserción en el artificio de la seducción.

Palabras clave: cirugía genital femenina, labioplastia, estrechamiento vaginal.

ABSTRACT

Human societies sculpt their bodies. Scarification, deformities, bone stretching, tattoos, cuts, painting, makeup, piercing and implants are the representation of ethnic, social or sexual identity. The genital area is the focus of many of these different practices associated with gender and sexuality. Genital transformation represents an additional aspect of the «embodied gender». Increasingly, the ethnomedical discourse regarding women that occurs within our society accepts only one female body model, which in turn leads to an increase in the the amount of cosmetic surgery. The female cosmetic genital surgery is a new form of oppression against women related to society's cultural structures regarding seduction. This article explores the significance of these body practices and their integration into the artifice of seduction.

Keywords: female cosmetic genital surgery, labiaplasty, vaginal tightening.

SUMARIO

1.-Belleza y seducción. 2.-Cuerpos seductores. 3.-La última colonización en la cartografía corporal. 4.-Conclusiones. 5.-Bibliografía.

1. Belleza y seducción

En la seducción, el cuerpo es un elemento fundamental, su gran soporte y su instrumento principal. El cuerpo seductor se superpone al orden de lo real para constituirse en una ilusión, en puro artificio (Baudrillard, 2000). Un artificio destinado siempre a activar, a magnificar, a sobredimensionar una *hexis* corporal determinada, una específica manera de ser, estar y aparentar. En la seducción, el cuerpo se convierte en apariencia pura, en un disfraz. La seducción es un intercambio, un proceso dual, para el cual se despliegan aquellos rasgos y cualidades que la persona seducida exige (Alberola, Navarro y Torrent, 1999).

Sin embargo, pese a este carácter interactivo, es imprescindible tener en cuenta y analizar la influencia de los modelos estéticos normalizados en cada sociedad en la construcción del deseo de la persona que se quiere seducir. Así, la representación del cuerpo seductor es performativa, se construye mediante actos de repetición y está determinada por los valores estéticos (y éticos) propios de cada comunidad, atribuidos de forma diferenciada a los cuerpos que regula y que configura como cuerpos sexuados. Por tanto, las prácticas de seducción están socializadas y tienen una dimensión performativa, presentando lo que Butler ha definido como una «performatividad de género» basada en una expectativa de masculinidad y de feminidad que son transmitidas a través del orden simbólico¹. Con esta teoría, Butler advierte de que no existe una feminidad genuina, sino que la feminidad auténtica es la mascarada, es un artificio (Butler, 1990 y 2001, en Burgos, 2008: 175).

¹ Es necesario señalar el enorme abanico de variaciones que presentan ambos conceptos. El contenido específico de la masculinidad y de la feminidad puede ser muy diverso, como muchos estudios etnográficos han evidenciado desde que Margaret Mead trabajase estos conceptos. Incluso en un recorrido transcultural podemos observar que no todas las sociedades reducen el *continuum* sexual a dos polos, sino que reconocen otras identidades y otros itinerarios corporales (podemos hablar de sistemas analógicos y sistemas digitales, siendo estos últimos los que establecen ese cierre operacional en dos prototipos sexuales). En este artículo me centro en unas prácticas corporales instaladas en el contexto socio-histórico denominado «sociedad occidental contemporánea», donde las expectativas de la feminidad y masculinidad comparten un núcleo basado en la asimilación del ideal hegemónico eurocéntrico o anglosajón, aunque pueden presentar variaciones debido a la extensión del ámbito geográfico. La asimilación cultural de este ideal estético produce a menudo en otras corporalidades un autorepudio. Sobre esto, es muy interesante el análisis de las etnocirugías que realiza Elsa Muñiz (2011).

Pero, por otro lado, el juego de la seducción no está al margen de la capacidad subversiva del cuerpo y de los actos de repetición. En la seducción se pone en marcha un juego de apariencias que permite en cualquier momento romper o resignificar los ideales de género normativizados y, por tanto, presenta un ingente potencial de subversión en cada reiteración. En consecuencia, el juego de la seducción presenta las rigideces derivadas del modelo normativo vigente en cada cultura, a la vez que genera nuevos juegos y seducciones alternativas.

Estos nuevos artificios pueden, en ocasiones, constituir actos de retroalimentación positiva, es decir, variaciones en la forma o prácticas correctivas que vienen a compensar aquellos desequilibrios capaces de poner en peligro el modelo hegemónico. En estos casos, el resultado de las nuevas prácticas será mantener el sistema viable, contener en los umbrales de las categorías normativas aquellas experiencias que ponen en peligro el sistema de género en el que la sociedad ha invertido y sobre el que se ha organizado, reestructurándolas y resignificándolas, para salvaguardar la persistencia y viabilidad del sistema social.

En cambio, otras veces encontramos nuevos artificios, nuevas seducciones que constituyen verdaderas reapropiaciones corporales, que despliegan influencias múltiples y ponen en marcha estrategias de resignificación, que problematizan los modelos hegemónicos, que implican rupturas, que escapan a las categorías y representaciones opresivas estableciendo marcos más flexibles y activando nuevas formas de ser, de estar, de pensar, de representarse y de seducir.

Dentro de este marco de pensamiento, las prácticas corporales que se tratan en este texto son aquellas que moldean el contorno genital y que responden a una expectativa de feminidad, demostrando la idea de Butler de que no existe una feminidad genuina, sino que la feminidad auténtica es un artificio. En este análisis, la cirugía estética genital constituye una base empírica que permite visibilizar muy bien la encarnación de una *hexis* corporal específica como artificio seductor, la materialización de una representación particular especialmente constrictiva del cuerpo femenino. En la cirugía estética genital vemos cómo una morfología diversa y flexible es reconducida a un prototipo rígido, evidenciando ese marco teórico butleriano de la feminidad como mascarada.

Teniendo en cuenta que los esculpidos genitales constituyen nuevas prácticas corporales, surgidas recientemente al amparo de la expansión creciente de la cirugía estética, considero necesario su análisis dentro de este marco teórico y la triple posibilidad de interpretarlas como: actos de continuidad con los modelos establecidos; actos subversivos que el sistema atrae y resignifica para su reconducción a las categorías

establecidas; o actos de subversión y ruptura, de reapropiación. En la época del imperio de la imagen y frente a la tradicional invisibilización de la vulva y estigmatización de la sexualidad, ¿es la estética vaginal un mecanismo corrector desde el interior del sistema de género? ¿Es una nueva invitación a ser consumido, mercantilizado? ¿Implica la producción de cuerpos sumisos? Estas cuestiones requieren un análisis previo que penetre en todos los significados de estas prácticas corporales. Para comenzar, este texto se centrará en aquellos relacionados con la seducción.

2. Cuerpos seductores

Las prácticas étnicas nos revelan claramente, por la distancia cultural con las que las observamos, como opera el juego de la seducción en diferentes contextos humanos. Miramos el ritual de danza yankee de los *wodaabe* o la lucha *donga* de los *mursi* y vemos cómo se exhiben comportamientos masculinos muy diferentes (aunque ambos competitivos) a través de los cuales los hombres se exhiben para seducir a las mujeres. Las mujeres, van a ser sujetos de deseo y allá donde miremos podremos encontrar gestos, movimiento, pinturas corporales, tatuajes, escarificaciones, peinados, etc. Observamos una rica y diversa estética corporal que comunica significados sociales profundos, relacionados siempre con la estructura social y simbólica y con su particular jerarquía sexual, pero en las que el adorno femenino y masculino y los rituales de seducción van a ser de gran importancia para la comunidad. Allá donde miremos, veremos cómo los códigos culturales potencian una serie de cualidades o rasgos específicos que son incluidos en el ideal estético de la feminidad o de la masculinidad y cómo a través del juego de la seducción es desplegado todo ese artificio.

Pero a diferencia de muchas sociedades humanas en las que los hombres son protagonistas principales de determinados juegos o rituales de seducción, utilizando múltiples artificios corporales para adornarse y embellecerse con el fin de atraer a las mujeres, en la sociedad occidental moderna se produce una intensa y predominante vinculación de la seducción con la mujer, cuyo éxito social está muy relacionado con su capacidad de seducir, de gustar, de despertar admiración. El cuerpo femenino, configurado como el bello sexo, debe seducir principalmente a través de la mirada, exhibiéndose bello mediante su contemplación. Lipovetski señala que esta valoración de la estética femenina por encima de la de los hombres, la supremacía estética de lo femenino, el concepto del «bello sexo», tiene su origen en el Renacimiento. Antes, a los encantos femeninos lejos de ser ensalzados, se le restaba valor e incluso eran

diabolizados. La estigmatización judeocristiana de la belleza femenina representaba el cuerpo femenino como seductor y peligroso, no digno de admiración sino de miedo, siendo impensable ningún código social que permitiera su adulación (Lipovetski, 2007: 97)².

Así pues, la idolatría del bello sexo y el reconocimiento explícito de una superioridad estética a «la mujer» surge en el Renacimiento (siglos XV-XVI). Además, a partir del siglo XV, el intento de perfeccionamiento se extiende al contorno corporal y surge la fisonomía del cuerpo perfecto. El vestuario femenino, que hasta entonces disimulaba las formas corporales, adaptó sus diseños para la exhibición de una figura exultante de belleza y sensualidad (Martínez Rossi, 2011). En el Arte, la Venus sustituirá a la Virgen, mostrándose igual de pura, y aumentan paulatinamente los desnudos femeninos con gestos y posturas que traducen la supremacía de la belleza femenina, contemplada por la mirada masculina. «En el cuadro de Tintoretto, Susana, rodeada de artículos de aseo, es espiada por dos ancianos concupiscentes» (Lipovetski, 2007: 110). Pero además, señala Lipovetski el surgimiento de un nuevo arquetipo: la Venus tendida o acostada:

Semejante éxito de la mujer horizontal merece que nos detengamos un momento sobre él. Representar a la mujer yacente constituyó una manera de enfatizar el significado del «bello sexo». Exaltada en posición lánguida o dormida, la mujer se entrega más que nunca como el ser destinado a que lo contemplen y deseen. [...] Indolente, desprovista de todo proyecto, [...] de toda actividad útil. [...] Es la manera, en suma, de ofrecer la mujer que sueña, desposeída de sí misma, a los sueños de posesión de los hombres (2007: 111).

Pese al paso del tiempo, la posmodernidad sigue estructurando algunas nuevas libertades en los cimientos de las viejas opresiones. Actualmente, el potencial seductor del cuerpo «femenino» se sigue midiendo a través de su capacidad de despertar el «deseo masculino», dentro de un constructo cultural específico de erotismo, sexualidad y placer heterocéntrico, androcéntrico y sexista que presenta una especialización intensa de los papeles sexuales dentro de los clásicos roles de género. En este sentido, Lipovetsky señala una interesante similitud entre la pornografía y la sociedad pues, en ambas, la imagen femenina se reduce únicamente a ser un objeto de placer, «...en la pornografía, la mujer no existe, ella no es más que el doble de la sexualidad masculina y de sus fantasías instrumentales»

² Lipovetski añade que para que hiciera su aparición la idolatría del bello sexo, fue preciso –condición necesaria pero a todas luces no suficiente– que surgiera la división social entre clases ricas y clases pobres, clases nobles y clases laboriosas, con el correlato de una categoría de mujeres exentas del trabajo. Estas nuevas condiciones sociales permitieron vincular más estrechamente feminidad y cuidados de belleza; durante las largas horas de holganza de que disponen, las mujeres de las clases superiores se dedican a partir de ese momento a maquillarse, a engalanarse, a ponerse guapas con objeto de distraerse y de agradar a su marido (Lipovetski, 2007: 99).

(2007: 42). Podemos contemplar este constructo en muchos de los productos culturales que nos rodean, no sólo en la pornografía hegemónica sino en el cine, la televisión, la prensa, los catálogos de moda, internet, la publicidad y la literatura –desde los cuentos maravillosos al reciente *boom* de literatura erótica repleta de fantasías de dominación, violencia y sumisión. Cuerpos femeninos desposeídos de sí mismos y abiertos a los sueños de posesión presentes en la cultura sexual dominante, cuerpos exhibidos, obligados a ser bellos, objeto de contemplación, pasión, deseo y dominación. Cuerpos femeninos que se valoran socialmente por su adecuación a un prototipo específico de deseo, en detrimento de otros cuerpos, experiencias, prácticas y subjetividades disidentes.

Dentro de esta valoración del cuerpo femenino por su potencial seductor, es comprensible la intensidad con la que se ha implantado el culto al cuerpo como nueva forma de consumo. La constante difusión de imágenes que resaltan la revalorización social de la estética personal, de los cuerpos esculpidos, promueve el éxito social, profesional y sexual. El cuerpo bello seduce y despliega sus efectos de seducción en esas tres áreas. Vemos cuerpos trabajados performativamente para alcanzar el ideal estético vigente en nuestra cultura y se nos muestra el éxito de esos cuerpos. La normalización del modelo implica éxito tanto para hombres como para mujeres.

3. La última colonización en la cartografía corporal

El culto al cuerpo ha implicado la obligación social de invertir en él, de cuidarlo y corregir sus imperfecciones y deterioros. «No hay parte del cuerpo olvidada, todo puede ser embellecido por trucos de belleza, técnicas médicas y productos de todo tipo. [...] “No hay mujeres feas, hay mujeres pobres”, dice una informante» (Licona Valencia y Ruiz Velázquez 2011)³. La conclusión de esta informante constata cómo el auge de multitud de tratamientos corporales y cirugías estéticas reducen la diversidad corporal y reproducen la discriminación y la segregación. Vienen a reforzar la categorización de algunos cuerpos como abyectos y desechables por no adecuarse a los modelos de belleza, salud y

3 La recopilación que sigue resulta bastante exhaustiva y, a la vez, extenuante enumerando las imperfecciones del cuerpo que hay que corregir: «como por ejemplo, vello indeseado, estrías, celulitis, axilas manchadas, senos flácidos, venas varicosas, arrugas, acné, ojeras, puntos negros, bolsas debajo de los ojos, patas de gallo, callos, caspa, cabello seco, piel grasosa, piel seca, hongos en las uñas, verrugas, etc.», así como algunos tratamientos existentes: «desde cremas aclaradoras hasta los bronceados artificiales; desde los labiales hasta el uso de botox; desde las inyecciones rejuvenecedoras hasta los baños de barro; desde el corte de cabello hasta su coloración; desde el masaje corporal reductivo hasta la liposucción y la ingestión de píldoras contra la obesidad; desde el alargamiento de pestañas hasta los tatuajes de cejas; desde la reducción de costillas hasta el aumento de busto; desde los limpiadores faciales hasta las cirugías de nariz; píldoras, baños para pies maltratados o terapias alternativas de belleza natural como aromaterapia, chocolaterapia, etc.» (Licona Valencia y Ruiz Velázquez 2011).

normalidad exigibles en las nuevas sociedades exhibicionistas y tecnomédicas, además de aumentar la presión de las mujeres para cumplir con los cánones establecidos e incrementar su responsabilidad en el proyecto autoformativo del yo que señala Giddens (2006). La cirugía estética forma parte de un sistema de valores, actitudes y acciones a partir del cual ciertas categorías de individuos son devaluadas. El ideal de belleza implica prácticas corporales de disciplinamiento de los cuerpos, hay un «deber ser» que opera a modo de imposición, rechazando lo que queda fuera de esos estándares.

Toda esta cartografía corporal muestra un verdadero puzzle de la belleza, un cuerpo fragmentado en el que, no obstante, prevalecen algunas regiones corporales. Meri Torras señala que «la belleza se materializa especialmente en la parte superior del cuerpo, sobre todo en el rostro» y en un cuerpo proporcionado y simétrico (2011). Pero también, debido a su asociación con la sexualidad y su importancia en el artificio seductor, otras zonas corporales cobran valor y acaparan una gran atención. En consecuencia, se han vuelto especialmente interesantes para el negocio de la cirugía estética. Naomi Wolf en *El mito de la belleza* (1991) señalaba que los procedimientos cosméticos más frecuentes en la actualidad inciden en las áreas corporales de las mujeres que más se asocian con la «feminidad», como es el caso de los muslos, estómago, nalgas y senos. Casi veinte años después, en 2010, la revista *Reproductive Health Matters* publicó un monográfico sobre la cirugía estética denunciando su actual expansión a nuevas zonas corporales. En el editorial de dicho monográfico, Marge Berger advertía que el foco se había ampliado recientemente más allá de esas zonas para incluir vulvas, vaginas y penes; y denunciaba la «medicalización» de la industria de la belleza. Los tipos de cirugía estética genital –genitoplastia– que se practican en la sociedad occidental son la vaginoplastia (practicada con la finalidad de estrechar o ensanchar el diámetro vaginal), la labioplastia o ninfectomía (que consiste en la resección de parte de los labios menores cuando se considera su tamaño asimétrico o anormal)⁴, la reducción del capuchón del clítoris, su reposicionamiento, el aumento del punto G, la himenoplastia, el relleno de labios mayores, el relleno o liposucción del Monte de Venus y el blanqueamiento láser de la vulva.

Una de las razones del aumento de estas cirugías es la estandarización de una imagen de vulva pre-púber, asociada al ideal vigente de feminidad, juventud y belleza y a la depreciación que sufre el cuerpo experimentado. Aparentar juventud es uno de los principales artificios seductores que persigue la cirugía estética en general, a través de sus

4 Sin embargo un estudio realizado en la consulta de ginecología del hospital universitario del centro de Londres mostraba que las variaciones morfológicas de los labios menores de las mujeres que demandaban este tipo de cirugías estaban dentro de lo que se consideran unos parámetros normales, revelando una falta de aceptación que interpretaban como «deformidad» (BJOG, 24/08/11).

liftings, inyecciones de botox, eliminación de bolsas bajo los ojos o esa imagen encarnada de un genital femenino rejuvenecido o infantilizado.

En los últimos años estos procedimientos quirúrgicos que inciden en el área genital, muchas veces englobados bajo la denominación de cirugía íntima o cirugía estética vaginal, no han dejado de aumentar, siempre justificados por la cirugía estética bajo argumentos médicos que evidencian cómo aquello a lo que nos referimos como nuestra moderna biomedicina es también un producto de la vida social y cultural donde se interseccionan «ciencia» y «creencias», diagnosticando enfermedades imaginadas cuyo única explicación son unos específicos y particulares ideales y valores:

Para ello partimos de la idea de que la percepción de la enfermedad, el sentimiento de aflicción que acompaña a las patologías íntimas que estamos analizando, es un artificio cultural. Estas patologías están mediadas por la cultura que construye nuestra corporalidad. El carácter relativo de la aflicción es evidente si la contemplamos desde una perspectiva comparativa, la cual nos muestra que lo que para nuestra percepción son unos labios desproporcionados, molestos, que producen discomfort, en otras sociedades son un modelo de belleza y, por ello, estirados [ritualmente] (Ortega Sánchez, 2013).

Pero entre los factores que anteceden y contribuyen a la implantación de estas cirugías también hay que tener en cuenta la estigmatización de la sexualidad femenina, con la consiguiente demonización de la vulva, dentro de una manipulación narrativa que hunde sus raíces en la historia. Discursos históricos en los que las mujeres no eran sujetos de deseo sexual, calificándose sus cuerpos de imperfectos y sus genitales de impuros y peligrosos desde el aspecto anatómico⁵. Esta fórmula de jerarquización y estigmatización sexual ha sido bastante explotada por los discursos ideológicos de la sociedad occidental. En este aspecto, podemos destacar la historia de Saartjie Baartman, una mujer khoisan que con el nombre de la «Venus Hotentote» fue exhibida como curiosidad en Inglaterra y Francia por su esteatopigia (acumulación de grasa en las nalgas) y su vulva, en la que sobresalían lo que gráficamente llamaron «mandiles hotentotes o delantal hotentote», unos labios menores hiperdesarrollados, estirados ritualmente. Científicos naturalistas midieron, pesaron y estudiaron anatómicamente su cuerpo exuberante, convirtiendo sus medidas en patrón representativo y especulativo de todo un grupo étnico para argumentar su inteligencia inferior. Couvier y otros naturalistas relacionaron el tamaño de sus labios menores estirados ritualmente con la libido y los consideraron la manifestación externa de una excesiva sexualidad, de su apetito sexual

⁵ Sobre este tema y el valor clasificatorio del cuerpo, es un referente ineludible Mary Douglas con *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú* (1991) y *Símbolos Naturales* (1988).

insaciable y de su «degeneración racial y moral». Couvier llegó a afirmar que entre las mujeres «civilizadas» –refiriéndose a las mujeres «blancas»– los labios vaginales, y con ellos su «sexualidad brutal», se habrían atrofiado en el transcurso de la evolución (Sanyal, 2012: 219). Así, vemos como el discurso científico del s. XIX, construye el cuerpo y la sexualidad de la mujer occidental por oposición al cuerpo de la mujer khoisan. Vemos cómo la estigmatización de la sexualidad femenina afecta a la representación de su vulva, relacionando el mayor tamaño de los labios menores con la sexualidad brutal y la ninfomanía.

Otro factor que sostiene el discurso que difunde y legitima estas cirugías es el económico. La mercantilización del cuerpo, y especialmente del cuerpo femenino, lo ha introducido dentro de los bienes de consumo, apresurándose la industria de la medicina estética a sacar la mayor tajada posible, diseñando cada vez un mayor número de prácticas quirúrgicas destinadas a cuerpos cada vez más fragmentados. Es el caso de la vulva, donde la cirugía estética occidental redefine su morfología diversa en términos de nuevas patologías o malformaciones que pretende curar y corregir –siempre que, por supuesto, esto salga económicamente rentable.

Finalmente, la implantación y el auge de estas nuevas técnicas quirúrgicas sobre la zona genital, tiene uno de sus principales motores en la codificación de la seducción en nuestra cultura. El artificio seductor sirve de estructura para la fijación de múltiples prácticas corporales. Seducir es morir como realidad y producirse como ilusión (Baudrillard, 2000: 170). La seducción es una mascarada de la feminidad y, como tal, despliega un artificio en el que el éxito o el fracaso dependen de que se activen aquellos rasgos y cualidades que la persona seducida exige. Pero pese a este carácter interactivo de la seducción, hay que tener en cuenta que en la construcción del deseo de la persona que se quiere seducir, muchas veces influyen los modelos estéticos normalizados en cada sociedad. En consecuencia, la cirugía estética prolifera en sociedades en las que mujeres y hombres se ven excluidos, privados de reconocimiento o de éxito social por carecer de los rasgos físicos hegemónicos presentes en las representaciones visuales dominantes. En el caso particular de la cirugía estética vaginal, se establece una morfología estándar mediante la reconversión del patrón real –de diversidad morfológica– en un patrón ficticio –de estandarización de un prototipo y clasificación de la diversidad como malformaciones.

La sociedad de la imagen ha reforzado y ampliado los límites corporales objeto de contemplación y estrechado extraordinariamente sus marcos de reconocimiento. El artificio seductor incluye o engloba la exhibición corporal y la sexualidad. La buena seductora debe exhibirse, ser contemplada y, sobre todo, ser deseada, pero se desenvuelve en un contexto dotado de un estrecho y específico modelo de corporalidad que condiciona la percepción

del cuerpo femenino como digno de contemplación. En el juego de la seducción, como ya se ha señalado, el potencial seductor del cuerpo «femenino» se sigue midiendo a través de su capacidad para despertar el «deseo masculino», dentro de un prototipo específico de cuerpo deseable que está siendo controlado principalmente por la industria pornográfica. Estas representaciones inundan todos los espacios. Esta normatividad afecta a la aceptación de las mujeres de su propio cuerpo como digno de ser exhibido. El cuerpo femenino y «su» placer pueden ser representados y exhibidos sólo cuando encajan en los parámetros de la visión masculina dominante (Vivero, 2011). En consecuencia, y dado que el contorno genital se suma a la estandarización presente en la idealización general del cuerpo femenino, la cirugía estética va ampliando progresivamente el mapa de sus trabajos corporales.

En general, la belleza del contorno corporal refleja el discurso ideológico en torno a la diferencia sexual. Uno de los ejes que estructuran las sociedades es la oposición entre lo masculino y lo femenino. Se realiza en la postura, en los gestos, en los movimientos del cuerpo (zancadas o pasos cortos, apertura o repliegue del cuerpo, recato), en los adornos, pero también, a veces, transformando la materia, la carne (Bourdieu, 2010).

4. Conclusiones

La seducción sobredimensiona una *hexis* corporal determinada, una específica manera de ser, estar y aparentar que exhibe aquellos rasgos y cualidades que la persona seducida exige. Estas expectativas muchas veces van a estar influenciadas por los modelos estéticos normalizados en cada sociedad, por la expectativa de masculinidad y de feminidad vigente.

La implantación y el auge de las nuevas técnicas quirúrgicas de estética corporal, tiene uno de sus principales motores en el modo en el que se codifica la seducción en nuestra cultura dentro de los viejos marcos valorativos normalizados por la misma. En consecuencia, la cirugía estética prolifera ante la demanda de hombres y, sobre todo, mujeres que se ven excluidos, privados de reconocimiento o de éxito social por carecer de los rasgos físicos hegemónicos presentes en las representaciones visuales dominantes. En el caso particular de la cirugía estética vaginal, se establece una morfología estándar mediante la reconversión del patrón real –de diversidad morfológica– en un patrón ficticio –de estandarización de un prototipo, seguida de la apreciación de las desviaciones de ese patrón como malformaciones, manifestando el carácter etnocientífico de estas nuevas «patologías».

Por tanto, no podemos considerar que las nuevas cirugías estéticas hayan surgido al amparo de nuevos significados simbólicos, valores y actitudes. Más bien, son nuevas

formas para viejos fondos. Los nuevos procedimientos quirúrgicos que diseñan el contorno genital no se pueden interpretar como una ruptura con el sistema anterior. Más bien al revés, incrementan la presión sobre el cuerpo femenino, ofreciendo nuevas herramientas para normalizar cuerpos diversos y constituyendo simplemente nuevos itinerarios corporales de seducción.

Bibliografía

- ALBEROLA CRESPO, Nieves; NAVARRO, Enric; TORRENT, Rosalía (1999) «Escribir la seducción», en *Asparkía: investigació feminista*, Castellón: Universitat Jaume I. Institut Universitari d'Investigació Feminista i de Gènere, núm. 10, pp. 123-150.
- BAUDRILLARD, Jean (2000) *De la seducción*, Madrid: Cátedra.
- BOURDIEU, Pierre. (2010) *La dominación masculina*, Barcelona: Anagrama.
- BUTLER, JUDITH (2007) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona: Paidós.
- (2010) *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Barcelona: Paidós.
- BURGOS DÍAZ, Elvira (2008) *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en Judith Butler*. Madrid: Antonio Machado Libros.
- CROUCH N. et al. (2011) «Clinical characteristics of well women seeking labial reduction surgery: a prospective study», *BJOG* 2011; 118: 1507–1510.
- DAVIS, Kathy (2007) *El cuerpo a la carta. Estudios culturales sobre cirugía cosmética*, Colonia del Valle (México): La Cifra Editorial.
- DOUGLAS, Mary (1991) *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- (1988) *Símbolos Naturales*, Madrid: Alianza editorial.
- ESTEBAN GALARZA, Mari Luz (2004) *Antropología del cuerpo: Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*, Barcelona: Bellaterra.
- GIDDENS, Anthony (2006) *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid: Cátedra.
- LICONA VALENCIA, Ernesto; RUIZ VELÁZQUEZ, Gabriela (2011) «La construcción simbólica de la belleza femenina. Acercamiento etnográfico al salón de belleza en la ciudad de Puebla», en: MUÑIZ GARCÍA, Elsa Y LIST REYES, Mauricio (coord.) *Las prácticas corporales en la búsqueda de la belleza*, Memorias del V Congreso Internacional de Ciencias, Artes y Humanidades «El cuerpo descifrado».

- MARTÍNEZ ROSSI, Sandra (2011) *La piel como superficie simbólica. Procesos de transculturación en el arte contemporáneo*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- MUÑIZ GARCÍA, Elsa (2010) *Transformaciones corporales: La etnocirugía*, Barcelona: Editorial UOC.
- MUÑIZ GARCÍA, Elsa; LIST REYES, Mauricio (coord.) (2011) *Las prácticas corporales en la búsqueda de la belleza*, Memorias del V Congreso Internacional de Ciencias, Artes y Humanidades «El cuerpo descifrado».
- ORTEGA SÁNCHEZ, Isabel (2013) *Esculpir el género. Nuevas fronteras de la mutilación genital femenina*, Palma de Mallorca: Ediciones UIB.
- SANYAL, Mithu M. (2012) *Vulva. La revelación del sexo invisible*, Barcelona: Anagrama.
- TORRAS FRANCÉS, Meri (2011) «Des/integridades Identitarias: Las fronteras corporales de la completitud», en MUÑIZ GARCÍA, Elsa Y LIST REYES, Mauricio (coord.) *Las prácticas corporales en la búsqueda de la belleza*, Memorias del V Congreso Internacional de Ciencias, Artes y Humanidades «El cuerpo descifrado».
- VIVERO MARÍN, Cándida Elizabeth (2011) «Hexis corporal y escritura». *La ventana. Revista de estudios de género*, 4 (33), pp. 277-301.
- WOLF, Naomi (1991) *The beauty myth: how images of beauty are used against women*, London: Vintage.

Recibido el 26 de febrero de 2014

Aceptado el 9 de abril de 2014

BIBLID [1139-1219 (2014) 18: 139-150]